

EL MOTÍN

Año XLI

Madrid, Sábado 5 de Febrero de 1921.

Número 6.

EL MOTÍN

PERIÓDICO SEMANAL
SE PUBLICA LOS SABADOS

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
ALBERTO AGUILERA, 52, MADRID

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid y provincias, 1'50 pesetas trimestre, 3 semestre, 6 año.—Ultramar y Extranjero, 10 pesetas año.—Pago adelantado.—Corresponsales, 1'50 pesetas 25 números.—Número suelto 10 céntimos. Los suscriptores directos tendrán derecho a recibir cuanto se publique en esta casa, con el 25 por 100 de rebaja.

UNA EXPLICACIÓN

Se me pregunta por qué apenas me ocupo de política republicana de algún tiempo acá.

Por varias razones. Las dos principales son estas:

Primera. Porque no encuentro nada digno de ser aplaudido en la marcha que el partido sigue, y estoy seguro de que ni mis advertencias ni mis censuras modificarían la conducta de quienes le han trazado aquella.

Y segunda. Porque no me he contagiado todavía de la peste de *sensates* que ha invadido al republicanismo, de la que sólo se curan los atacados con emplastos de orden, cataplasmas de prudencia, cuando no con inyecciones de realidades provechosas.

Por esto, y sólo por esto hace tiempo que apenas me ocupo de política republicana, y lo mismo me encojo de hombros cuando oigo decir *que vamos al poder antes de tres meses*; que cuando se forma un nuevo partido republicano, autónomo ó catalán; que cuando congregamos una Asamblea para que el país se convenza de lo juiciosos que nos hemos vuelto, los problemas que resolveremos el día que *recojamos el poder del arroyo, sea el que fuere el jefe del Estado*, y las emi-nencias con que contamos para que España vuelva a ser

libre, feliz é independiente

como en aquel siglo ya lejano en que incautamente se abrió al cartaginés.

Por esto, y sólo por esto, repito, hablo poco de política republicana hace tiempo. Y si no me he cortado ya la coleta en la especialidad esta, es porque no quiero parecerme á los toreros

que se retiran del ruedo y vuelven á él. Torearé en adelante mucho, poco ó nada, pero sin renunciar al derecho de empuñar el estoque cuando se me antoje.

JOSÉ NAKES

UN RECUERDO

Cuando comenzó á susurrarse que Melquiades Alvarez iba á pasarse á la Monarquía, él lo desmintió indignado varias veces; y en un mitin celebrado en el teatro de la Comedia, si no recuerdo mal, me atacó elocuentísimamente por haber escrito yo que al fin se iría. Afirmó de paso que moriría republicano.

Está táctica tuvo para Melquiades una ventaja: que la opinión se fué poco á poco acostumbrando á la idea de que se apartaría del republicanismo, y cuando lo hizo, *porque para él la patria era antes que todo*, no sorprendió á nadie.

Y hubo que agradecerle esta manera de preparar su pase á la Monarquía, algo parecida á la que se suele emplear para dar á la familia de un enfermo en población lejana la noticia de su muerte. Se comienza escribiéndole que sufre una pequeña molestia, cuando ya está enterrado; al día siguiente, que se ha agravado un poco, pero no corre peligro; al otro, que aún quedan esperanzas de salvarle; y por último, que se presentó una inesperada complicación y fué impotente la Ciencia para evitar la desgracia. De este modo el golpe es menos rudo para los allegados al difunto, por estar preparados para recibirlo.

Recomiendo este procedimiento, caritativo en el último caso y previsor en el primero, á cuantos republicanos, *por patriotismo*, piensen imitar á Melquiades.

LO QUE HAN VISTO LOS REYES DE BELGICA

Algunos inocentes temían que los Reyes Belgas pudieran ver ó notar algo en España que les desagradase ó menoscabara en su ánimo la estima y el respeto á nuestra patria.

Esos tales no sabían de la misa la media.

Los Reyes de Bélgica, desde que atravesaron la frontera hacia acá no vieron más que perfecciones y maravillas.

Un tren admirablemente organiza-

do, adornado, caldeado y dirigido. Una Estación del Norte, espaciosa, limpia, llena de palmeras, de flores y de gentes muy bien vestidas, algunas con uniformes vistosos, otras con caras muy bonitas y todas sonrientes, enseñando blancas dentaduras y mostrando una alegría agasajadora.

Después fueron á un Palacio, que es de los mejores de Europa. Espacioso, rico, artístico, con todas las comodidades, dotado de abundante y bien uniformada servidumbre, con temperatura de Mayo, con mueblaje fantástico, con obras de arte dignas de un museo, con vajillas de oro, con clavetes y lilas por todas partes, con tapices goyescos, con galerías inmensas, con escaleras imperiales, con ascensores modernistas, con alabarderos borbónicos, con iluminación maravillosa, con arañas, bosques de cristal de roca, con alfombras mullidas, con un conjunto sorprendente, magnífico, regio.

Vieron, á través de los cristales del rápido y magnífico automóvil, unas calles amplias y una muchedumbre bulliciosa.

Vieron el Teatro Real por dentro, un poquito ahumado y viejo, pero siempre hermoso, sobre todo, cuando lo llena la aristocracia. ¡Ojala no lo miraran por fuera, porque es una verdadera marranada!

Vieron la fachada revocada del Ministerio de la Gobernación y no vieron las otras tres... no hablemos de esas porque, *lo que no vieron los Reyes* será el asunto de otro artículo.

Bueno, pues, *vieron* el Palacio de Medinaceli, que es una preciosidad, y allí una sociedad brillantísima, que baila muy bien el fox trot, que cena con un apetito admirable, que habla francés bastante mal y el español peor, que hace colmos y dice chistes...

Vieron Toledo, donde seguramente les gustó muchísimo la Catedral y el Alcázar y la Puerta de Visagra.

Con esto me parece que no llevan á Bruselas más que motivos de alabanza para España y los españoles.

Porque es necesario advertir, que la sociedad elegante y vistosa que estaba en la Estación, y estaba en el Real, y estaba en casa de Medinaceli aplaudió, vitoreó y celebró continuamente á los Regios Huéspedes, haciendo sonar en sus oídos un continuado himno de loor y entusiasmo.

Pueden, por lo tanto, dormir tranquilos los españoles que temían por el buen nombre de la Patria.

Los Reyes de Bélgica no vieron aquí mas que cosas agradables, perfectas y dignas de un gran pueblo.

JUAN GIL

COSAS DE MADRID

«Madrid es el pueblo de los cantares, de los chisperos, de las manolitas...»
(Canto popular)

Eso era Madrid. Hoy camina á grandes pasos para conseguir la «copa» de la grosería, de la incultura, del vicio...

Aquella alegría del hijo de Madrid se esconde en el tugurio. A la plaza pública sale la hediondez.

Al piropo fino, elegante, ingenioso, ha sustituido la obscenidad.

Al escarceo palabrero, tan característico y sin rival en el mundo, viene á sustituir la palabra soez, agresiva, insultante...

A las reuniones familiares que llamábamos de «candil», ha sustituido la obscuridad del cine.

Las tertulias de literatos, artistas, científicos, donde se derrochaba ingenio y buen humor, se han cambiado por las de analfabetos por desuso que sólo hablan de juego, de variedades ó..., de cosa peor.

El teatro con poesía, música y actores, se transforma en exposición de mujeres desnudas y astracanadas de hombres. El impudor sustituye al talento, el payaso al cómico.

¿Quién tiene la culpa de este cambio? ¿Es que nos desmoralizamos?

¿Es que nos retrocedemos?

No lo sé, pero observo y consigno.

Nuestras autoridades parece que tienen el propósito de matar todas las fiestas populares, bulliciosas, honestas, características de Madrid, «la ciudad alegre y confiada»...

Empezó la supresión por la fiesta de Reyes con su roscón, sus juguetes á los niños, sus tradicionales comparsas con escaleras y hachones y... un tonto. El pueblo la sustituyó con las uvas del día 31 en que el número de tontos es ilimitado.

Siguió su turno la cara de Dios con sus mantones de Manila, sus mantillas de encaje y la gracia de la madrileña. Es verdad que se abusaba del aguardiente y de la ordinareza, pero pudo corregirse el abuso sin matar la fiesta.

La fiesta de las lilas desapareció prohibiendo la entrada en la Casa de Campo; la fiesta de las bellotas limitando el ingreso al Pardo.

Las verbenas madrileñas de tanto renombre en el extranjero, donde con el ingenio y la inventiva se establecían competencias de buen gusto entre unos barrios y otros, luciendo las mujeres sus atavíos, se han mercantilizado con carruseles, rifas y churros.

El Carnaval; que llegó á gran perfeccionamiento con las carrozas, los coches engalanados, el confetti y las serpentinatas, sirvió de educador popu-

lar del gusto artístico, y hoy se le aserta puñalada mortal llevándole á Rosales para proteger la diversión más inmoral que hay en Madrid.

Muchos más ejemplos podíamos citar, pero los expuestos bastan para indicar una tendencia.

¿Qué inconveniente hay en que el pueblo se divierta en medio de la calle á la luz del día ó la de los focos de una iluminación?

En público no se pueden hacer puerquerías, y con castigar á quienes las digan, quedaba la fiesta y no padecía la moral.

Empujando al pueblo á esconderse para divertirse, surge el garito, el lupanar y el baile de madrugada con epilogo íntimo que se resuelve á plazo fijo.

Nada más expuesto á derivar en vicio que la diversión tapada.

El hombre necesita distracción como necesita comer. En público los unos salvaguardian á los otros; en privado los más audaces se adelantan y los demás los secundan.

Entre todas las fiestas callejeras antes citadas, y las casas de juego, cabarets, casinos, cines y hospederías por horas, no debe ser dudosa la elección.

JUAN PÉREZ

Cine clerical

COMO UN SANTO

—Ha muerto como un santo, señor Engracia, créalo usted.

—¿Y en qué se funda usted para decir eso?

—En lo que decía todo el mundo. Se confesó, comulgó, se despidió de todos los concurrentes, les pidió perdón... Fué una escena que hacía llorar á una piedra.

—¿Y devolvió lo que había robado?

—¿Cómo robado?

—¿No sabe usted la historia de aquella joven de la que era tutor?

—No he oído nada de eso.

—Pues que se la dejó encomendada su padre, con cien mil duros de capital, la metió en unas monjas, y allí se ha quedado para siempre, y eso que la chica era alegre como unas castañuelas, y se quería casar.

—¿Y los cien mil duros?

—¿Echeles usted un galgo! Apenas profesó la chica, don Judas compró dos casas en la calle del Desengaño y empezó á darse una buena vida, y según dicen, á empuñar el codo.

—Pero esa chica reclamaria lo suyo.

—Murio á los pocos meses de hacer los votos.

—Pues las monjas reclamarían algo.

—Las monjas se quedaron con el dote, que fué el triple de lo acostumbrado, y con la boca callada.

—Si eso es verdad, es una infamia.

—¡Uf! De estas infamias las hay todos los días. Eso sí; don Judas, no sabía de la parroquia, y confesaba todas las semanas. Su confesor, el padre

Sobón lo ponía siempre como modelo.

—¡Otro que tal! Todavía se habla del escándalo que dió con aquella viuda del capitán.

—Sí, mujer, si fué hace dos años... Metió á los dos hijos de la viuda en el Hospicio y se la llevó de ama, y en el Hospicio siguen.

—Hay madres que había que matarlas.

—Sí; y hay padres de almas que había que colgarlos de un farol. Por eso no me extraña que á don Judas no le remordiera la conciencia.

—Se juntaba el hambre con las ganas de comer, ¡Vaya una pareja!

—¡Qué fácil es la santidad haciendo cada uno lo que le da la gana!

—Y que lo diga usted. Pues á sus funerales fué el obispo, y muchos frailes.

—Habrán pescado algo, porque si nó esta gente no se mueve. Todo ello á costa de los miles de duros de la huérfana.

—¡Qué gentuza!

—¡Fíese usted de los santos á la hora de la muerte!

FRAY GERUNDO

Dato y yo conformes

Con el remiendo del Sr. Argüelles para ministro de Hacienda, puede ser que el Gobierno español haya parecido completamente nuevo al Rey de los belgas. Es la ventaja de los remiendos de la misma tela. Y el señor Argüelles es del mismo tejido de insuficiencia é insignificancia que el resto de sus compañeros.

Por cierto que el Sr. Dato cuando habló con los periodistas después de la llegada del Rey Alberto, contó maravillas de las atenciones que para el Gobierno habían tenido todos.

«Su Majestad el Rey de España—decía—fué presentando á su Majestad al Rey de los belgas á todos los ministros, uno por uno; y después, Su Majestad la Reina doña Victoria nos presentó también uno por uno á Su Majestad la Reina doña Isabel. ¡Uno por uno!» Y el Sr. Dato recalaba con voluptuosidad este uno por uno.

¿Con qué se hubiera conformado el señor Dato?—me pregunto yo.—¿Quizás con que don Alfonso hubiera dicho al Regio visitante, indicando con un movimiento de cabeza la fila que formaba el Gobierno, «ahí tienes á esos que son ahora los encargados de la farsa política?»

Empiezo á creer que Dato y yo estamos conformes por lo menos en una cosa: en apreciar la consideración que merece un ministro.

ORDENO Y MANDO

Ahora me enteró de que cuando ponen en la capilla pública de Palacio la colección de tapices «Los pecados ca-

pitales» suprimen el tapiz en que está representada, y muy expresivamente por cierto, la lujuria.

La determinación me parece muy decorosa y limpia. Tanto que ordeno á todos los eclesiásticos, altos y bajos, encargados de templos en cuyo adorno figuren los siete pecados capitales, que tan pronto como lean este número de EL MOTIN, retiren de la vista del público el de la lujuria.

Bien está que haya en un templo los siete pecados; pero el lugar de uno de ellos está en la sacristía.

EL INFIERNO

Había yo sufrido el farrago de cinco ó seis sermones, cuando el señor cura vino á hablarnos del diablo. Convento en que su plática fué verdaderamente espantosa. Mostró á los condenados sobre las ardientes ascuas, limitó sus gritos agudos, sus rechiamientos de diablo; se hizo pasar ante nuestros ojos horquillas puntiagudas, diablos echando chispas, cunas, calderas, pintó la ardiente sed de los condenados privados de agua... En resumen, que predicó muy bien, si hemos de creer al sacristán.

Su terrible elocuencia turbó por un instante el orden; porque la muchedumbre, al verle descompuesta la peluca con su infernal modo de gesticular, creyó que era el mismo diablo, suponiendo que el diablo sea tan feo. Daba tales golpes, que sin querer derribó de un manotazo al acólito que se hallaba detrás. Como siga así, me dije, antes de terminar el primer punto habrá demolido el púlpito á puñetazos.

Sonreíame viendo á aquel energúmeno desotana ahuecar la voz para asustar á los tontos. El hombre es un niño grande; para darle miabasta emplear una voz falsa con palabras vacías de sentido. ¡Pobre especie humana! ¡temblarás siempre ante el coco! Porque con efecto, ¿qué es ese sacerdote encolerizado? Un fantasma que hay que clasificar entre los maníacos.

Entretanto sus miradas se dirigían á todas partes: hablaba á la tierra, al cielo, al horizonte, y, sobre todo, á los pilares, que le daban la razón.

Pero ¿para menester oírle! En menos de un minuto cada cual hizo en el Infierno una cabriola á su vez. Desenterró á los muertos; por caridad hirió á los siglos adormecidos en su fama. Luego, de pronto, con voz alterada por la venganza y el odio, abofeteó á Juan Jacobo é hizo medir la tierra á Voltaire.

«Bribones—exclamaba—os tengo bajo mis pies! ¡Ahí están confundidos, tostados y aniquilados!»

Y su voz repetía estas frases solemnes: «¡Id, malditos, marchad á las eternas llamas!»

¡Caracoles! ¡Cómo ensartaba su lengua todo eso! Citó por sus nombres á todas las personas que están allí: más á pesar de su vista de águila, á la que ni uno podía escapar, por más que registró el Infierno, ¡ni un Papa en control! ¿No te lo había yo dicho? Esos doctos señores están todos en los cielos sobre tronos de marfil.

Y he aquí, lectores, las disparatadas cosas que se le hace comalgar á los hombres en el siglo en que vivimos. ¡Qué diablos, qué Satán, ni qué Lucifer! ¡Qué te he dicho, clérigo, que existe un Infierno? ¡Has explorado en nuestros días esa ardiente hoguera siguiendo las huellas del Dante ó de Virgilio? ¿Has visto asar á esos condenados? ¿Has visto á esos demonios que engendran por millares tus oscuros sermones? No; tú no has visto asar más que inocentes volátiles y las numerosas piernas de carnero que te engañan.

Pero dices que el Infierno ha sido revelado al hombre y que no puedes dudar cuando Dios ha hablado.

—¿Dios nos ha hablado? ¿cuándo? ¿á tí?

—No, á otros; y me lo garantizan las actas de los apóstoles.

—Cuando una palabra le basta para hacer tantos elegidos, ¿por qué, si ha hablado, no nos habla ya? ¿Por qué te deja, con menosprecio de su gloria, el ridículo empleo de adornar al auditorio? ¿Por qué no acude en tu auxilio cuando en medio de un discurso te quedas sin saber por donde salir? No, más bien creo que el Infierno y el diablo sólo están en tu piel, misero razonador.

En efecto, lectores; es preciso estar endiabladado para repetirnos continuamente que Dios nos ha hablado, ha vivido entre nosotros, nos ha predicado su doctrina y otras mil cosas de la misma fábrica. ¿Qué hombre, por limitada que sea su inteligencia, puede creer tales asertos? ¿Son estas razones? Pero los dioses tienen buenas espaldas, y sabido es el cúmulo de tonterías con que se les hace cargar, sobre todo en nuestras iglesias.

No creáis, sin embargo, que, enemigo de la fe, mi suprema ley es incendiar los altares; el ardor de mis arrebatos tiene por objeto que cada cual cierre su puerta al error.

¿Existe el Infierno? Quiero suponer que exista; pero, al creer en él, conservemos si quiera nuestro buen sentido. No aceptemos, bajo la palabra de ese hombre, las imbecilidades que Roma nos envía.

La historia nos lo enseña; cien pueblos, antes que nosotros, han doblado la rodilla en los altares de ese culto horrible, el del Infierno; lo que prueba, lectores, que esas doctrinas no son más que antiguos platos aderezados con nuevas salsas.

Por último, cuando se hubo despachado á su gusto, nuestro hombre bajó con solemnidad. El acólito le abrió paso, como de costumbre, por entre la multitud, y en el rostro del orador sagrado podía leerse este reflejo de su pensamiento: «Yo soy el señor cura, ese gran predicador que todos conocéis.»

Entonces rugió el Infierno derrotado y vencido, mientras que el cielo festejaba su victoria y todos los santos cantaban á coro: «¡Gloria al señor cura en lo más alto de los cielos!»

AUGUSTO ROUSSEL

MÉDICO ORTODOXO

El día 31 de Enero atropelló un carro á un niño de dos años en Málaga, produciéndole gravísimas heridas.

Lo llevaron á la Casa de Socorro, y al enterarse el médico de que no estaba bautizado, avisó al párroco de una iglesia vecina, y como no estaba lo bautizó él, gracias á lo cual ese niño estará á estas horas en el Cielo.

Debía autorizarse á los médicos de tan exorbitante ortodoxia, para que confesaran, absolvieran y administraran lo extremaunción á los enfermos que no supieran curar.

De este modo no se inquietarían cuando se equivocasen en el diagnóstico, y por esta causa muriera el enfermo, pues se dirían:

«Si maté su cuerpo perecedero, salvé su alma inmortal.»

Y podrían además pasar á su familia la cuenta por dos servicios.

La noche de un escolapio

¡Ay mamá, qué noche aquella!

Para que vean ustedes que *La Política Cómica* no inventa nada contra las curas y que todo cuanto decimos es pálido ante la realidad, vamos á ofrecerles á ustedes copia extractada

de unos versos medio sicalípticos que el padre Juancito, escolapio de pelo en pecho, le dedicó á una *carneita santa* de quien estaba enamorado.

El original de esos versos, escritos en papel timbrado de las Escuelas Pías de Camagüey, con la firma del autor, lo tenemos á la disposición del señor Obispo para que vea como las gastan sus subalternos.

¡Bomba!

NOCHE ESTRELLADA (PARA CARMELINA.)

«Brilla en el cielo puro y diamantino de la noche en las horas silenciosas; de la luna, ni un rayo mortecino fulguraba en las sendas tenebrosas.

Tan sólo las estrellas titilaban inquietas, á distancias infinitas, y en aquel fondo oscuro semejaban brillantísimas perlas muy chiquitas...

Y aquella noche, mi amada Carmelina, fué plácida, sin sombra de tormento, tan callada, tan pura y diamantina, inmensa como el propio firmamento.

Vi dos estrellas fulgar inquietas; en loco frenesí centelleaban; parecían dos ojos que miraban clavados en los míos cual saetas.

Eras tú, y los ojos eran tuyos; no me engañé, pues eran inocentes; volaban como vuelan los cocuyos en la noche de los trópicos ardientes.

Dejábate vagar por el espacio en la noche más rica en hermosura, y snello al viento tu cabello lacio encantabas de gracia y donosura...»

Cuando el inspirado padrecito consiguió lo que deseaba, se fué para Camagüey, como Panchita, y le cantó á la pobre joven este bolero:

«Dime adiós, que me voy, Carmelina, que me voy con mi son habanero; en España yo soy escolapio y aquí en Cuba yo soy *cumbanchero*.»

La Política Cómica

Habana.

El conflicto de un cura

En cierto santuario de un pueblo del alto Aragón, estaba muy de mañana moisés Bolsi-cas refulgiendo delante del sacristán (y monaguillo á un tiempo; un zagalote medio bobo.

—Son muy malas, muy malas—decía el padre cura yendo y viniendo.—¡Jesús! Una me trae, otra me lleva... ¿Dónde vamos á parar? Por más que las predico... Ahí tienes á esa...

—¿Cuál, padre?

—No me llames padre. Moisés, moisés, moisés Bolsi-cas me llaman todos y así me debes nombrar tú... Pues... ¡la Cirila, hombre, la Cirila! que antes tenía unos oarillos colorados como manzanas de Galesa, y ahora...

—Parece que está con la tiricia.

—No es mala tiricia la que tiene! Pero ¿qué haces ahí hecho un pamarote? Ya te he dicho que vayas á buscarla. Voy á ponerla de oro y así delante de todo el pueblo. ¡Sinvergonzosa!

—Voy, padre. ¡Si pudiera usted responderme á la pregunta que le hice sobre un mandamiento, padre!

—¿Qué padre ni qué tío! Anda, gandul. Y cuando vuelvas, tocas á misa... para que se

reuna la gente y sirva la reprimenda de es-
carmiento á todas.

Mosén Bolsicas hablando á solas:

—¡Ya, ya! Pues la Juliana, que vino con su madre hoy hace un año, y se fue, y á los nueve meses de irse me escribió que estaba gravemente enferma... ¡Como si tuviese y la en-
pa, ó fuese médico! Todas, todas acuden á mí. ¡Qué malas, pero qué malas, Jesús, Dios mío! Y a viene la Cirila... y el chico sin subirse á la torre...

Cirila se aproxima lentamente y llorando.
—Ven aquí, pezoлага. ¿No se te cae la cara de vergüenza?

—¿Padre...?

—¿Tú también? ¡Mosén, mosén!...

—Mosén Bolsicas!...

—¿Pero tú sabes lo que has hecho?

—Sí, señor.

—Pero no lo que te espera; de rodillas, de lante del pueblo junto, las vas á pagar.

—¿Padre mío!

—Esto no hay quien lo sufra. ¡Macario!

¡Macario! ¿Quieres tocar á misa?

Macario, desde la torre:

—No, señor.

—¿Qué dice ese bruto?

Macario baja y llega todo sofocado, di-
ciendo:

—Ahí está; viene, la he visto desde la torre.

—¿Quién? ¡Aclarate, zanguango.

—Aquella joven tan gnapezona que estuvo el año pasado, la Juliana; llega con un chiquitín...

—¡Vamos, vamos, Cirila! ¡Miren cómo vienen á interrumpirnos!... Te confesará y te impondrá la penitencia; todo en secreto, como manda nuestro Señor Jesucristo, que me ha tocado en el corazón.

Macario, viendo al cura y su penitente en la puerta:

—Mosén Bolsicas, ¿y mi pregunta?

—Por lo pronto; á tocar misa, ¡hale!

—¿Y la Juliana?

El cura, reargando y metiéndose en la iglesia:

—¡La Juliana, la Juliana!... Todas vienen á mí... ¡Y con un niño! ¡Demonio! ¡De buen confite me he librado! ¡Ni que fuera yo un ama de la Inocencia!

B.

Sección de milagros

«Para ejemplo de santos enamorados de la gran Reina, no le ofrece malo el venerable Alonso Rodríguez, hermano de la Compañía de Jesús: Una á mi entender, de las almas más enamoradas de la Santísima Virgen y de las más favorecidas, fué la de este sencillo hermano según lo que se refiere en el libro que de su admirable vida compuso el padre Juan Eusebio. Un día, estando regalando con dulces coloquios con la Madre de las Dulsuras, la dijo: «Madre mía, no solo os quiero más que á mí mismo, sino más aún de lo que vos me queréis á mí.» Apareciósele la Virgen y le dijo: «Eso no, porque mucho más te quiero Yo á ti, hijo mío Alonso, que tu puedes querirme á mí.» «Ea, madre mía, replicó Alonso, dejémonos de quién quiere más á quién, que yo te quiero, te estimo, te reverencio y te amo, cuanto de todo mi corazón, de toda mi alma y todas mis entrañas puedo; y si pudiera más, más te quisiera, bien mío, corazón mío, alma mía, vida, descanso, sosiego, quietud y amor mío.» Con estos efectos se gozaba el buen hermano. ¡Oh, y quien pudiera imitarle sin parar un punto de decir lo mismo! Te quiero, te adoro, te estimo, te reverencio, te apetezco y te amo, cuanto, madre mía, vida de mi alma, tesoro mío, amor mío, puedo; y si pudiera amarte como tú misma te amabas, aun no lo he dicho todo, cuanto el mismo Dios te ama, te amaría de muy buena gana y de muy bu-

na voluntad. Un día, subiendo muy cansado al castillo que llaman Believer en Mallorca á consolar á su alcalde don Pedro de Páez, caballero mallorquín, se le apareció la gran Reina, y con una toalla muy delgada le enjugó el sudor del rostro, diciéndole: «Hijo mío Rodríguez, mira si te quiero.» «Ay, madre mía, decía el hermano, mucho me quieres, más yo también te quiero mucho, mucho, muchísimo.»

A este hermano hizo en otra ocasión la Santísima Virgen un favor, que solo por él le habíamos de quedar muy afectos todos los que subimos al púlpito. Había de predicar el padre Juan Pons, de la Compañía, un día de gran concurso, y fueron tales las ocupaciones que aquellos días cargaron sin pensar sobre él, que se halló la misma mañana y casi la misma hora que había de predicar, sin sermón. Afilióse notablemente y se fué al hermano Rodríguez y le dijo la congoja en que se hallaba, porque aventuraba el crédito suyo y el de la religión en día tan solemne, si no hacía un gran sermón. Partióse de carrera el hermano Rodríguez á su seguro patrocinio y la dijo: «Señora, si me queréis tanto, como cada día me decís, también queréis á mi religión y á mi hermano el predicador, pues en verdad que hoy lo he de ver: El predicador, Señora, ha de hacer un sermón que á todos deje pasmados.» Aun no bien había dicho esto cuando se le apareció la Virgen y le dijo: «Ve al predicador y dile que suba fado solamente en mi misericordia, y que deje correr lo demás.» Hízolo así el hermano y como le tenía en tan gran concepto el padre Juan, subió al púlpito sin otra prevención que la del tema del Evangelio: ¡Cosa maravillosa! Hizo tan gran sermón, que cuantos le oyeron, dijeron que sermón como aquél, no solo al padre, pero ni á cuantos habían oído, esperaban oír. Todo es dejarnos buen ejemplo para poner únicamente en esta Señora las esperanzas en los sermones, bien que nunca se ha de descuidar del estudio prudente y diligencia humana. (Esto sucedió el día 18 de Abril del año 1618.)»

No he leído nada tan tierno ni acarlamado en esos libritos dedicados á fingir coloquios y ofrecer modelos de epístolas amatorias para damas y galanes.

Por lo tanto, me permito suponer que el inventor de ese milagro tenía una pobre idea del respeto con que debe tratarse, según la Iglesia, á la madre del que vino á redimir al mundo de la esclavitud del pecado, excelsa Señora que nos hubiera hecho un doble favor si al mismo tiempo dota de una pizca de sentido común á los fabricantes de milagros.

Quisicosas clericales

Fué el cesante Blas Ledesma á confesar muy cristiano, y el cura le dijo: —Hermano, ¿comiste carne en cuaresma?

—Sollozando con dolor le contestó el penitente:

—¿En cuaresma solamente?

—Ni en todo el año, señor.

—

Iba en una procesión un donoso loco un día,

y un galán que atrás venía le sacudió un pescocón. El loco la mano alzando dió otro tal al delantero, diciéndole: —Compañero, dad; ¿no véis que vienen dando?

BALTASAR DE ALCAZAR

Ponderó tanto en Madrid el fraile D. Celedonio lo dulce del matrimonio á la soltera Beatriz.

que esta le dijo; ¡pardiez! será cosa superior; pero diga usted, señor, ¿y cómo lo sabe usted?

Viéndose el fraile en tal baile, á la niña contestó: «Lo sé... porque he sido yo cocinero... antes que fraile.»

AMIGOS QUE HAN ENVIADO CANTIDADES PARA AYUDAR Á EL MOTIN

Luis Ponz, Alcañiz, 4 pesetas. Luis Sánchez Cuervo, Madrid, 50; Bautista Mesado, Alcira, 4; Daniel Vilorio, Zaragoza, 4; Antonio Pomés, Tárrega, 2 Salvador Aleixandre, Valencia, 20 Señor Aullón, Aguilas, 4; Macario Garrido, Villanueva de la Jara, 4.

Correspondencia Administrativa

Alcañiz.—Luis Ponz. Renovada su suscripción á fin Diciembre 1921.

Alcira.—Bautista Mesado. Id. á fin Diciembre 1921.

Zaragoza.—Daniel Vilorio. Id. á fin Diciembre 1921.

Tárrega.—Antonio Pomés y Cayetano Puig. Id. á fin Diciembre 1921.

San Pantaleón de Aras.—Fermín Domínguez. Id. á fin Junio 1921.

Castellón.—Estanislao Pastor Villanueva. Id. á fin Enero 1922.

Valencia.—Salvador Aleixandre y amigos. Id. á fin Diciembre 1921.

Colombres.—José Velasco. Id. á fin Junio 1921.

Los Valles.—Salvador Vidal. Id. á fin Diciembre 1921.

Valdecaballeros.—Benito Dueñas. Id. á fin Marzo 1922.

Belmes.—Hilario J. Solano. Id. á fin Diciembre 1921.

Sueca.—Centro Republicano. Id. á fin Abril 1922.

Castellón.—Félix Torres. Id. á fin Diciembre 1921.

Mahón.—Juan Manent. Recibido su giro de 39 60. Conforme.

Binefar.—Manuel Ibarz. Id. de 24. Gracias.

Puente Genil.—Juventud Republicana. Idem de 3. Conforme.

Beniguacil.—Marcel Cabo. Id. de 11 á cuenta.

Zafra.—José Gordillo. Id. de 8 á cuenta.

Cortegana.—Vicente Roldán. Id. de 48. Gracias.

Cornellá.—Rifael Planes. Id. sellos 0,75 á cuenta.

Málaga.—J. García. Id. de 25. Gracias.

Godall.—José Roda. Id. de 10 á cuenta.

Chaparrón de milagros

por JOSE NAKENS—DOS pesetas

Imp. Juan Pérez. — Paseo de Valdecilla, 2. — Madrid.